

# Ciertos Hombres de la Provincia

por Sebastián Salazar Bondy

Hace bastante tiempo que este cronista viene refiriéndose a la necesidad perentoria que existe de que, tanto en lo económico cuanto en lo cultural, la provincia merezca una mejor y más eficaz atención por parte de las autoridades centrales y de las instituciones limeñas que al fomento del desarrollo nacional se dedican. En el campo intelectual hay síntomas precisos de que la avidez de saber es fuera de Lima enorme y de que esa ansiedad queda generalmente insatisfecha. En esta columna se ha aludido anteriormente a las manifestaciones recientes de tal fervor en Loreto, Cuzco, Ica, en cuyas ciudades capitales grupos de gentes, dueñas más de una inquebrantable inquietud que de medios materiales propios para darle sentido, han realizado festivales artísticos, concursos literarios, ferias del libro, etc. A esta lista de centros provincianos de la actividad espiritual habría que añadir muchos otros más, entre ellos especialmente uno de Piura. No en vano, en enero de este año ha cumplido una década de existencia positiva la Asociación Cultural que en la mencionada ciudad norteña se ocupa de estimular la creación y el consumo artísticos e intelectuales.

El tesón de quienes establecieron dicha entidad ha hecho posible que en los diez años que viene actuando, el saldo a su favor —saldo de orden puramente espiritual, ya que no económico— sea digno de elogios. Todo ha sido obra y gracia de los presidentes de la desinteresada empresa —Enrique del Carmen Ramos, Juan Casajuaña Cardona y Luis B. Altuna, su actual conductor— y de quienes los rodean. Un sinnúmero de programas, entre los cuales se destaca un triple concurso literario llevado a cabo en febrero último, han tenido cumplimiento en el curso de la exis-

tencia de la institución, y sus frutos, menos visibles que los que atañen a la realidad concreta, pero mucho más provechosos que éstos en lo que respecta a su trascendencia, podrán ser debidamente valorados a la larga. Dejar anotada aquí la aventura de estos generosos promotores piuranos es el objeto de estas líneas en su homenaje, en primer término porque



hacer lo que hacen y hacerlo en la provincia es noble y es heroico.

Para el rentista o el funcionario limeño —aunque sea de origen provinciano— el Perú es sólo la gran ciudad en la que vive. El resto se halla en el mapa, silente e inerte, pues en el mejor de los casos ubica ahí el lugar pintoresco para pasar las vacaciones, el punto en donde se producen estas o aquellas riquezas, el nombre que la historia repite por los sucesos de que fue escenario. La urbe —es un fenómeno de nuestro tiempo, agudizado terriblemente en América— absorbe con su tráfico, hecho de obligaciones y satisfacciones, toda su existencia. No piensa en la población que vive, padece, anhela, aspira, en esas latitudes, a las cuales ve como las de ciertos pe-

queños planetas que giran monótonamente en torno a la estrella solar de la capital. En tanto, el hombre provinciano, en cuya región no se da ninguna clase de autonomía, recibe cotidianamente de Lima noticias, emisiones, reflejos, ecos del hervor lejano. Una gran parte de los habitantes de provincias opta por tomar su presencia en ellas como pasajera, como el sacrificio que le permitirá algún día, conseguidos los bienes a cuya producción se dedica, abandonar el aislamiento y partir hacia la cabeza nacional. La provincia así se desangra, se anemiza, permanece en la modorra, de la cual la quieren sacar, con esfuerzos inauditos, esos pocos que consideran que vivir no es nunca algo provisional.

Por eso, lo que hacen los piuranos asociados para el fomento de la cultura, como lo que en Trujillo o en Arequipa, en Iquitos o en Ica realizan otros pioneros, es noble y heroico: lo primero, puesto que implica un desprendido ánimo de solidaridad social, y lo segundo, pues comporta el empleo y hasta el derroche de energías excepcionales. A pasarse la vida en el club o en el casino, con el vaso de whisky en la mano, ante el cubilete de dados o la baraja de naipes, ciertos hombres de la provincia prefieren dedicarse a lograr que los teatros levanten sus telones para la masa, la música impregne con su melodía la sensibilidad de todos, el libro circule como vehículo popular de ideas renovadoras. Si éste fuera un país organizado, si en vez del arrollador espíritu mercantilista que lo posee, prevaleciera en él un *mínimum* de espiritualidad, la Asociación Cultural del Piura —y todas las sociedades que aquí y allá se le asemejan— sería instrumento que el Estado protegería y utilizaría para elevar el nivel intelectual del país.